

TO THE VOTERS OF OXFORD

Correction to paid printed statement of Private Citizens H. E. Finger, Jr., John K. Johnson, and Frank Moody Purser.

1. *'Beer was voted out in 1944 because of its obnoxiousness.'*

Beer was voted out in 1944 because too many voters who drank beer or didn't object to other people drinking it, were absent in Europe and Asia defending Oxford where voters who preferred home to war could vote on beer in 1944.

2. *'A bottle of 4 percent beer contains twice as much alcohol as a jigger of whiskey.'*

A 12 ounce bottle of four percent beer contains forty-eight one hundredths of one ounce of alcohol. A jigger holds one and one-half ounces (see Dictionary). Whiskey ranges from 30 to 45 percent alcohol. A jigger of 30 percent whiskey contains forty-five one hundredths of one ounce of alcohol. A bottle of 4 percent beer doesn't contain twice as much alcohol as a jigger of whiskey. Unless the whiskey is less than 32 percent alcohol, the bottle of beer doesn't even contain as much.

3. *'Money spent for beer should be spent for food, clothing and other essential consumer goods.'*

By this precedent, we will have to hold another election to vote on whether or not the florists, the picture shows, the radio shops and the pleasure car dealers will be permitted in Oxford.

4. *'Starkville and Water Valley voted beer out; why not Oxford?'*

Since Starkville is the home of Mississippi State, and Mississippi State beat the University of Mississippi at football, maybe Oxford, which is the home of the University of Mississippi, is right in taking Starkville for a model. But why must we imitate Water Valley? Our high school team beat theirs, didn't it?

Yours for a freer Oxford, where publicans can be law abiding publicans six days a week, and Ministers of God can be Ministers of God all seven days in the week, as the Founder of their Ministry commanded them to when He ordered them to keep out of temporal politics in His own words: 'Render unto Caesar the things that are Caesar's and to God the things that are God's.'

William Faulkner
Private Citizen

Proclama humorística, pero con mucha «punta», de Faulkner contra quienes querían proscribir la venta de cerveza en Oxford

«La personalidad de Faulkner estaba en cosas aparentemente secundarias» —explica el guía Boozer, abriendo, en compañía del tutor de los bienes del escritor, James Webb, la pesada puerta de entrada de la casa—. Con ello, excusa un cierto mal gusto evidente en mobiliario y la expresiva distribución de la simple planta baja: un comedor tradicional, un *living room* sin muchos libros, retratos del propio escritor o de su abuelo «el Coronel», y su ascético cuarto de trabajo. Las cosas secundarias resultan ser: una estatuilla del Quijote, hecha en madera tropical, que le fuera regalada en oportunidad de su visita a Venezuela; un par de pipas ordinarias, en las que fumaba una exquisita mezcla especial que le preparaba la casa Dunhill, de Londres, y una vieja máquina de escribir, semiportátil, que acarreaba a todos los rincones del predio donde se le ocurría escribir o que, simplemente, estaba en el mismo lugar en que está hoy en día, ante una ventana que da a la caballeriza y sobre una pequeña mesa de estilo colonial. «Ya lo ve, cosas secundarias, pero insustituibles.»

Tal vez lo más secundario resulta lo más significativo. En las paredes de su cuarto de trabajo no hay cuadros, pero sí garabatos que, observados en detalle, resultan ser el plan de la obra que Faulkner secretamente consideraba su plan más ambicioso; los días de la semana de Pasión, de lunes a domingo, en que se divide una fábula. Allí escribió su plan: en las propias paredes de su gabinete de trabajo, y allí mismo frustró buena parte del mismo, ya que la novela nunca fue lo que Faulkner quiso que fuera.

Pero en Oxford pocos saben de Jefferson. Es como si los personajes se negaran a serlo, aun sabiendo que si viven como tales es por obra de Faulkner. «Aquí empezamos por no leerlo —dicen sin rencor—, y la verdad es que no entendemos muchos sus ambiciones. Nosotros sólo pensamos en mantener con dignidad un rango en nuestra sociedad, cumplir los deberes que tenemos como ciudadanos y como hombres de la Iglesia. Fieles y miembros de la comunidad, eso somos», repiten sin generalizar.

Tal vez Faulkner dejó de ser un hombre extraño el día en que llegó un equipo de Hollywood, con el galán Steve Mac Queen al frente, a filmar una novela del escritor —*Los rateros*—, en su propio escenario. «Allí algunos nos dimos cuenta de que teníamos a un vecino importante —resaltan—. Por eso no le perdonamos nunca que no nos hubiera dicho que ya era famoso de antes. A veces pensamos si no tenía vergüenza por ser escritor.»

El propio sobrino de William, Jimmy Faulkner, un acaudalado granjero de verdad, no es más generoso con su tío que el anónimo vecindario: «El tío Bill no hizo sino armar con habilidad un cierto nú-